

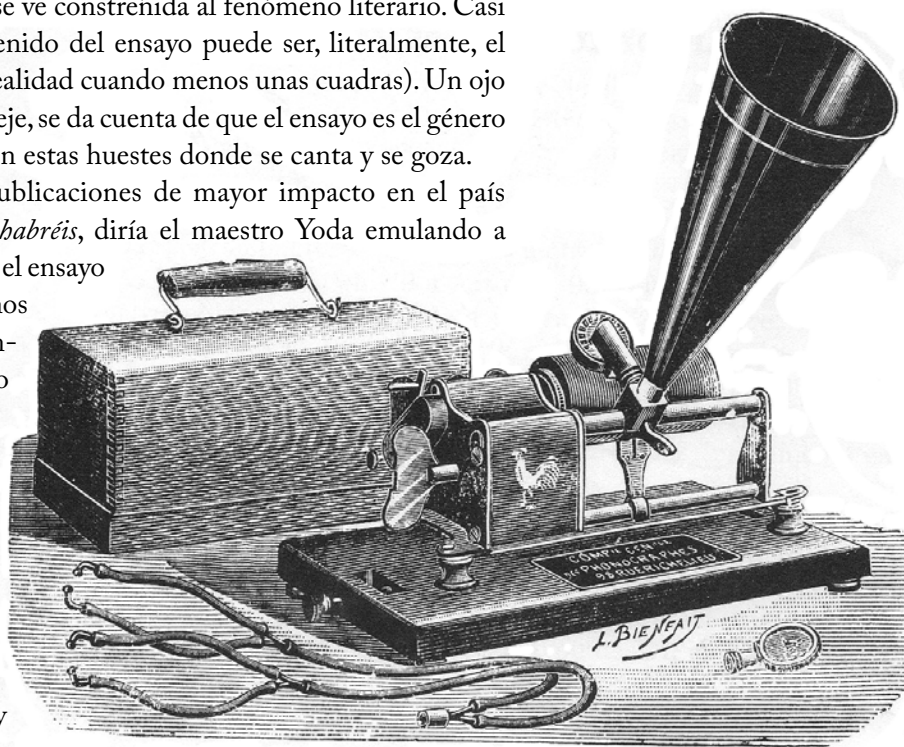
El animal melancólico

Rafael Toriz

OTRO DE LOS PROBLEMAS A LOS QUE DEBE ENFRENTARSE la ensayística mexicana —acaso el más evidente y por tanto ferozmente ninguneado— es lo mucho que su práctica se ve constreñida al fenómeno literario. Casi nadie repara en que el contenido del ensayo puede ser, literalmente, el universo (lo que dista de la realidad cuando menos unas cuabras). Un ojo entrenado, a poco que lo corteje, se da cuenta de que el ensayo es el género más sensible de la prosa: es en estas huestes donde se canta y se goza.

Es una pena que las publicaciones de mayor impacto en el país —*resignarte al subdesarrollo habréis*, diría el maestro Yoda emulando a Monsiváis— sigan pensando el ensayo como una guirnalda de moños y encajes dignos de los conflictos intelectuales de Amado Nervo, cuando la velocidad de los tiempos de la red nos tiene perdidos en una nube de *infoxicación* que clama por su improbable relato. Por condenarlo a la literatura es que el ensayo se lee poco y quienes lo practican se dividen entre pobres y miserables.

En un tenor distinto, los ingleses, alemanes y americanos han creado una verdadera industria de ensayistas especializada en los abismos de la cultura popular donde refulge, como luna de octubre, la crítica musical, un género que en Inglaterra y Estados Unidos ha construido un nicho artístico ecléctico y providencial.

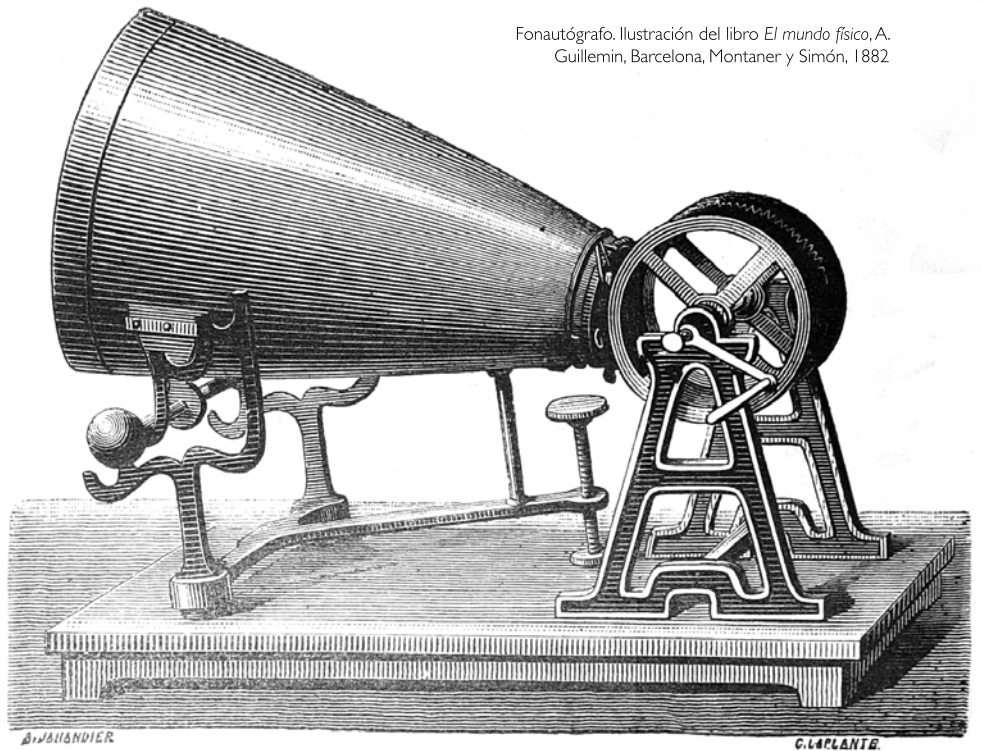


Fonógrafo. Ilustración del catálogo de la Compagnie Général de Cinématographes Phonographes et Pellicules, 1898

Retromanía, el último libro de uno de los mejores críticos musicales en activo (autor de clásicos como *Generation Ecstasy: Into the World of Techno and Rave Culture* y *Rip It Up and Start Again: Post Punk 1978-1984*) es un *tour de force* que no da tregua un segundo. Sus análisis lúcidos y apasionados no sólo desmenuzan, en la mejor tradición benjaminiana, la adición del pop a su propio pasado, sino que hace de la teoría crítica

—ese animal extraño que vive en las universidades— una herramienta útil y clarificadora para que la gente se gane el sustento. Simon Reynolds es célebre no sólo por su condición de máquina textual (ha colaborado durante años en *The Observer*, *The New Statesman*, *The Wire*, *The New York Times* y *Spin*) sino por haber ensayado un análisis alejado del “lirocentrismo” y la siempre útil pero acotada interpretación sociológica. Leer a este hombre con cara de niño, y va en prenda mi palabra, reporta un grandísimo placer intelectual.

Desde el inicio tira a la cabeza: “la presencia del pasado en nuestras vidas ha aumentado de manera incommensurable e insidiosa... Nos hemos acostumbrado tanto a este acceso conveniente que hay que hacer un esfuerzo gigante para recordar que la vida no fue siempre así; que hasta hace poco tiempo vivíamos la mayor parte del tiempo en un presente cultural y que el pasado estaba confinado en zonas específicas, atrapado en objetos y lugares particulares”. Se trata de una realidad apabullante, que ha transformado de manera radical



nuestras concepciones de espacio, nostalgia y memoria así como nuestros hábitos de distribución y consumo. Sin percibirlo con absoluta claridad, pasamos de un mundo análogo a un universo digital que de golpe y porrazo nos colocó en el centro de la vorágine, haciendo del pasado un presente de actualización continua en el que ningún *one hit wonder*, estrella de medio pelo o programucho olvidado es lo suficientemente anodino como para no sobrevivir en los entramados fantasmáticos de la red. En tiempos de Youtube, el pasado es una memoria compartida, lo que obliga al sujeto a erigirse como el editor (*dj*) de su existencia.

Reynolds, si bien conoce los resortes intestinos de la nostalgia, teje fino al analizar fenómenos como los reencuentros de grupos, la cantidad de música vendida por iTunes y el negocio gigantesco que entraña todo lo *retro*. En vista de que hoy por hoy el pasado se encuentra disponible hasta un grado de saturación sin precedentes, la posibilidad de viajar en el tiempo, con excelentes dividendos, se encuentra asegurada

(vía los delincuentes de Apple o la siempre preferible descarga pirata).

Como es usual en este tipo de análisis, y sobre todo en este tipo de autores, la erudición ecuménica está a la orden del día; Reynolds parece haberlo escuchado todo y no sólo eso: también es capaz de sugerir interpretaciones sólidas que dan en el clavo de nuestros dilemas inmediatos. En una lectura muy orgánica de Derrida y su *Mal de archivo*¹, plantea los conflictos que ha engendrado el hecho de poseer prácticamente espacio infinito para todos nuestros productos culturales, haciendo del presente una rémora sin clara voluntad de vanguardia. Nunca antes el almacenamiento, verdadero delirio de coleccionistas, había sido tan ingente como ahora: “nos hemos vuelto víctimas de nuestra siempre creciente capacidad de almacenar, organizar, acceder instantáneamente y compartir enormes cantidades de información cultural”, práctica con la que se ha minado la capacidad metabólica que requiere todo proceso para asimilarse, afectando de paso nuestra noción de aburrimiento.

Antes —sigue Reynolds— para amainar el aburrimiento se recurría a los libros, las revistas y los discos, todos ellos limitados por lo que uno estaba en condiciones de pagar. Uno también podría haber recurrido a las travesuras, las drogas o la creatividad. Era una economía natural de escasez y postergación... El aburrimiento ya no es lo mismo, hoy es producto de la súper saturación, la distracción, la ansiedad... El aburrimiento de hoy no es por hambre, no es una respuesta a la privación, es una pérdida de apetito cultural, una respuesta al exceso de reclamos sobre nuestra atención y nuestro tiempo.

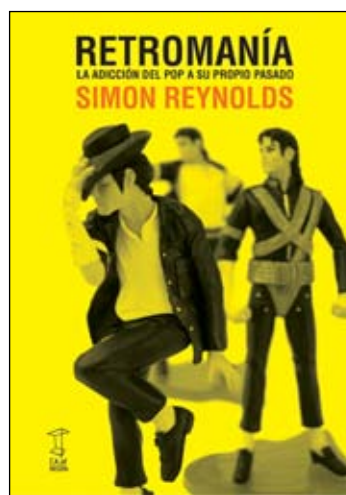
Actualmente todo internauta despierto vive en el frenesí del almacenamiento. Ya sea mediante las redes sociales o los diversos dispositivos electrónicos, cada

quien construye la discoteca, fototeca y biblioteca de su vida. Atrás quedaron los discos de vinilo y las colecciones de cómics y la calidad de los materiales, que permitían las narrativas lineales propias de la música, la literatura o el video. Hoy la actualización de la memoria y la historia cultural —metáfora de la edición por excelencia— se encuentra a la distancia de un clic, y suele durar lo mismo que un *tuit* en el ciberespacio.

Algo debe decirse de la editorial que lo publica. Caja Negra es una casa editora que entrevera, en aras de una exquisita excentricidad, la calidad con la elegancia.

El libro es apasionante en verdad; una enciclopedia en el que la constante es la reflexión, la sugerencia y el gozo. Un buen ensayo de cultura popular.

Acaso sólo reste decirles, a aquellos que abominan la nostalgia, que para los espíritus tristes todo presente es extranjero. ▀



Simon Reynolds

Retromanía. La adicción del Pop a su propio pasado.

Trad. Teresa Arijón

Buenos Aires, Caja Negra, 2012. 448 pp.

¹ Para Derrida el mal de archivo consistía en “tener un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico... de retornar al origen... el lugar más arcaico de la iniciación absoluta. (Mal de archivo) es arder de pasión. Es no descansar jamás, interminablemente, en la búsqueda del archivo correcto que se escapa. Es correr detrás del archivo, aun cuando haya demasiado”.